

VIAJES, VIAJEROS

El primer viaje.

Los ruseñores y las amazonas de Colón

El 12 de octubre de 1492 tuvo lugar lo que los europeos llamaron, con su viejo etnocentrismo, el “descubrimiento” de un nuevo mundo, y lo que para la humanidad significó el comienzo del más largo y cruento genocidio que registra la historia.

Las Cartas de Colón, y su Diario —en la versión que nos ha dejado Las Casas— dan cuenta de aquel acontecimiento, y de todo cuanto sucedió en sus viajes, y muy especialmente en el primero, con una mezcla de asombro, cálculo, espanto, orgullo, entusiasmo. Y no era para menos, pues se cumplía así, o empezaba a cumplirse, el antiguo vaticinio contenido en el canto del Coro en la Medea de Séneca: “Llegará un tiempo, en el curso de los siglos, en que el mar ensanchará el cinturón de la tierra, descubriendo a los hombres una inmensa tierra incógnita. El mar pondrá al descubierto nuevos mundos y Tule dejará de ser el límite de la tierra”.

Especial importancia adquiere, en esa experiencia, la visión de la naturaleza, visión en la cual es posible percibir, más allá del testimonio de lo vivido por el Almirante y sus compañeros, las huellas de una tradición deudora de la cultura clásica y sobre todo de las figuraciones de la Edad Media. Una naturaleza que servirá, además, de escenario en donde colocar, entre otros, a un pajarillo literario, así como a otros seres fabulosos, hijos también, todos, de esa doble tradición.

Visión de la naturaleza

La isla de Guanahaní es descrita el 12 de octubre de sumaria manera: "Pues en tierra vieron árboles muy verdes y aguas muchas y frutas de diversas maneras". Pero más adelante, el 13, se anota: "Esta isla es bien grande y muy llana y de árboles muy verdes y muchas aguas, y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, que es placer de mirarla". Y poco después se multiplican las entusiastas referencias a "islas muy verdes y fértiles y de aires muy dulces...". Y se habla de montañas altísimas, y ríos y fuentes. Y el 3 de noviembre se pondera "que todo era tan hermoso lo que veía, que no podía cansar los ojos de ver tanta lindeza...".

Es la vegetación, sobre todo, lo que maravilla al navegante. La flora, y, en comparación, muy poco la fauna. Los árboles, más que nada. Dice, por ejemplo: "Hay árboles de mil maneras, y todos de su manera dan fruto, y todos huelen que es maravilla, que yo estoy el más penado del mundo de no los conocer, porque soy bien cierto de que todos son cosa de valía" (21 de octubre). Es verdad que muchos de ellos le parecen disformes, pero son tan variados "que es la mayor maravilla del mundo cuánta es la diversidad de una manera a la otra" (16 de octubre). Bosques poblados, además, por "el cantar de los pajaritos, que parece que el hombre nunca se quería partir de aquí... y aves y pajaritos de tantas maneras, y tan diversas de las nuestras que es maravilla".

Más adelante, en las costas de La Española (Haití), el asombro, no exento de una idea asimiladora, alcanza una suerte de clímax: "Las tierras de ella son altas... todas fermosísimas, de mil fechuras, y todas andables y llenas de árboles de mil maneras y altas, y parece que llegan al cielo; y tengo por dicho que jamás pierden la foja, según lo puedo comprender, que los vi tan verdes y tan hermosos como son por mayo en España, y dellos estaban floridos, dellos con fruto, y dellos en otro término, según su calidad; y cantaba el ruiseñor y otros pajaritos de mil maneras en el mes de noviembre por allí donde yo andaba".

No es de asombrar, pues, que ante tanta belleza Cristóbal Colón creyese, el 6 de diciembre de 1492, haber encontrado la bíblica y maravillosa tierra de Ofir, de donde Salomón trajo el oro y las maderas preciosas para el gran templo de Jerusalén. O que años más tarde, en el tercer viaje, y ante la vasta desembocadura del Orinoco, pensara haber alcanzado uno de los ríos del Paraíso.

Sin duda en esos pasajes se repiten los nombres genéricos de los componentes del escenario natural y los adjetivos que los califican, y tanto, que ha habido un estudioso, Cesare de Lollis, que hallaba en ellos "una atonía de colores y monotonía de expresiones", y un "entusiasmo artificial". Pero son más los autores que piensan de otra manera. Ya Alejandro de Humboldt decía que Colón era un enamorado de la naturaleza. Pedro Henríquez Ureña, por su parte, escribió que Colón era un "paisajista", y el historiador Carlos Pereira que "era un poeta, un gran poeta de la naturaleza". Antonello Gerbi admite, a su vez, que el Almirante "se esfuerza por ser poético, y nos prodiga canoros ruseñores, primaveras floridas, vergeles de mayo y noches de Andalucía".

Pero esos paisajes tan hermosos y de eterna primavera eran algo así como la plasmación, no exenta por cierto de variantes, de los reiterados cuadros de naturaleza que se esbozaron en la literatura clásica, y, sobre todo, en las infinitas descripciones del Edén en las letras medievales (después de todo, según Dante, se ingresaba al Paraíso por una "divina floresta, espesa y viva"). Una imagen que hallamos, traspuesta de diversas maneras, pero única y reconocible, en la poesía de los trovadores, en la galaico-portuguesa, así como en la literatura caballeresca. Como decía A. Jeanroy, sus autores "dibujaban siempre el mismo paisaje, y es el mismo que dibujarán incansablemente sus émulos...". Un paisaje ideal, una naturaleza ideal. Pero, ¿no estamos también con eso cerca de la Arcadia de Sannazzaro y las églogas de Juan de la Encina y Garcilaso?

Y, sin embargo, y a pesar de sus rezagos medievales y reminiscencias clásicas, y a pesar de sus propias limitaciones, Colón se aleja también en esas páginas, por obra de un doble y contra-

dictorio movimiento, del espíritu de la Edad Media, y se sitúa, en lo que concierne a la apreciación de la naturaleza, en la línea del Petrarca que ascendió a la cima del Monte Ventoux en abril de 1336, y escribió que se sintió entonces “agitado por una extraña brisa y conmovido por una visión circular abierta por completa, y como aletargado”.

Los ruiseñores

En la anotación del Diario correspondiente al 21 de octubre leemos que se escuchaba “el cantar de los pajaritos que parece que el hombre nunca se querría partir de aquí, y las manadas de los papagayos que obscurecen el sol, y aves y pajaritos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras que es maravilla”. Al tratar de La Española se dice, como vimos más arriba, que “cantaba el ruiseñor y otros pajaritos de mil maneras en el mes de noviembre por allí donde yo andaba”. Y el viernes 7 de diciembre se escribe que el navegante “anduvo un poco por aquella tierra y oyó cantar el ruiseñor y otros pajaritos como los de Castilla”.

Pero no ha habido nunca ruiseñores en la isla de Santo Domingo, ni en toda América prehispánica. Se trata de un ave del Viejo Mundo. No en vano sostenía Chateaubriand que Dios había dado el ruiseñor a Europa, porque era un don “para encantar [sólo a] oídos civilizados”. Se trata, pues, de una pura reminiscencia literaria. “Este amable pajarito”, como dice Leonardo Olschki, “que incluso para nosotros resulta ser una rara avis, fue, hasta el Paraíso Perdido de Milton, un atributo fijo, proverbial e inmutable de las primaveras poéticas, de los bosques umbríos y los vagos jardines de delicias que los poetas no se cansaban de celebrar”. Se podría pensar, incluso, que el navegante no escuchó nunca a esa avecilla, y por eso, y por atenerse al tópico, incurrió en tal error.

No olvidemos que, por un fenómeno semejante, se empeñó en traducir en imágenes también familiares, a partir de las fabulaciones medievales, los seres extraños de los que hablaban, en su exótico lenguaje, los moradores de las islas del Caribe. Y creyó así,

por ejemplo, que “lejos de allí había hombres de un ojo, y otros con hocicos de perros, que comían hombres...”. Pero en ellos reconocemos también, claramente, a los cíclopes y cinocéfalos de la Antigüedad y de los relatos de marineros de la Edad Media, y en los hombres con cola de la isla Aván otras tantas fantasías presentes en relaciones anteriores, como la de Mandeville.

Amazonas y sirenas

El Diario cuenta, el 6 de enero de 1493, que una embarcación que Colón envió “rescató mucho oro, que por un cabo de agujeta le daban buenos pedazos de oro del tamaño de dos dedos, y a veces como la mano”. Fue por allí, también, donde tuvo noticia de “una isla adonde no había sino solas mujeres”. Y es que Colón, que creía hallarse en la vecindad de las costas asiáticas, tenía sin duda en mente las islas Femenina y Masculina de la cartografía del Medievo, y habla por ello de las islas de Carib y Matinino, habitadas una por hombres y otra por mujeres. Y dice, además, que cada “cierto tiempo del año venían los hombres a ellas de la dicha isla de Carib, que diz que estaba dellas diez o doce leguas; y si parían niño enviábanlo a la isla de los hombres, y si niña dejábanla consigo...” (16 de enero de 1493). Leyenda que se difundió luego, y daría lugar a que Pedro Martir de Angleria dijese que esas mujeres se mutilaban un seno, y Antonio Pigafetta que “en una isla llamada Occoloro, junto a Java mayor, no se encuentran más que mujeres, las cuales conciben del viento...”. Y ya sabemos la fortuna que la versión tuvo más tarde con el descubrimiento del gran río que surca Sudamérica.

Afín a esta leyenda es la de las sirenas. Sí, ellas. Pues en un pasaje del Diario se narra cómo salían del océano unas sirenas, hermosas, pero que “en alguna manera tenían forma de hombre en la cara,” en un error que José Durand señaló como causado por la vista de esos seres graciosos pero prosaicos que son los manatíes.

Hacia una nueva visión del mundo

De algún modo, pues, a pesar de su obsesión por el Paraíso, el oro, la salvación, y de su reiteración de viejos tópicos, Colón se aproximaba, con su orgullo de saber que el mundo no era como se lo imaginaba la inmensa mayoría de las gentes, a esa concepción de Paracelso según la cual el hombre es el centro del universo, el punto que une al cielo y a la tierra. Quizás, incluso, y en cierto sentido, lo entendió de manera demasiado literal. Será por eso que al final del Diario dice que su empresa “será la mayor honra de la cristiandad”. Más aún, en octubre de 1502, en Carta a Doña Juana de la Torre, asegura que sus viajes los dirigió “al nuevo cielo y mundo”, con lo cual reclamará implícitamente haber alcanzado la nueva tierra y los nuevos cielos anunciados por el profeta Isaías.

¿Cómo sorprendernos, entonces, de que en su mente y en sus hechos se juntasen escenarios y plantas nunca vistos, y el estupefacto y audaz manejo de las fuentes cartográficas y las más avanzadas técnicas de navegación de esa época, con ruiñesores inexistentes, y hombres extrañísimos y “salvajes” con mitológicas amazonas?

En Debate, Lima, junio-agosto de 2000, pp. 48-50.

Ave del amor y de la muerte

La imaginación popular y el maravillado exotismo de los conquistadores poblaron estas tierras de muchos seres extraños, cuando no simplemente fabulosos. Basta leer, para comprobarlo, las crónicas de los siglos XVI y XVII, y tomar nota de las múltiples leyendas y consejas que se tejieron al respecto, muchas de las cuales han sido recogidas en libros del más diverso jaez y fortuna. No pocos de esos seres fantásticos o curiosos siguen viviendo en la imaginación de nuestro pueblo; otros, en cambio, han ido desapareciendo, hasta no dejar memoria, o, en todo caso, hasta dejar sólo un pálido recuerdo.

Un caso digno de mención es el de un ave muy singular, con algo de serpiente, de la que hablan León Pinelo en su *El Paraíso en el Nuevo Mundo*, obra escrita en 1656 pero publicada sólo en 1943, y al parecer también Antonio de la Calancha en su *Corónica moralizada del Orden de San Agustín en el Perú*, con sucesos ejemplares de esta Monarquía.

Los aymaraes la llamaban lavalava, y los incas yantayanta, El primero de los autores que hemos nombrado la describe de esta manera: "Tiene seis pies grandes con dos coyunturas, y desde los pies posteriores hasta el remate de la cola siete nudos como de caña, vuela dando saltos; la hembra es doblada mayor y más larga que el mayor dedo de la mano, y poco más gruesa que un hilo de bramante; el macho es menor y más delgado; ella blanquísima y el verdinegro".

Ambos estaban dotados de una rara y contraria virtud, por cuya causa todo árbol al que se llegaba el macho se secaba hasta la raíz, y si se trataba de una persona, se secaba también, poco a poco, hasta morir. Más aún, si se daba muerte al ave, y se convertían en polvo sus restos, estos producían, si se ingerían, tan desatados deseos sexuales que quien lo había hecho acababa pronto en la tumba. El único remedio, en tal situación, era tomar los polvos de la hembra, ya que, al decir de León Pinelo, "ella apaga lo que él enciende, y resucita lo que seca, sana toda hinchazón dañada y tiene otras virtudes".

Nadie se acuerda hoy de tan terrible especie. Si existiese aun, y fuesen verdad los mágicos atributos que se le reconocían, con cuánta y torcida vehemencia buscarían los despechados y despechadas las cenizas del macho, para ver agonizar en las llamas del deseo a quien se había mostrado insensible ante sus requerimientos amorosos. Y con cuánta prudencia se procurarían las beldades las de la hembra, ya sea para sosegar a sus adoradores, ya sea para resucitar, en compasivo acto, al que días o semanas antes había suscitado su rechazo. Y podríamos andar así los varones, por culpa de nuestros devaneos, secándonos un día y reverdeciendo al siguiente. Y buen pretexto tendrían las feministas para exaltar, una vez más, las bondades de su género, presentes incluso en tan pequeñas aves, y para vituperar la esencial malignidad de nuestro sexo.

Publicado originalmente en Correo, Lima, 10 de abril de 1979. Posteriormente en La República, 19 de febrero de 1984.

Gloria y misterio del Paititi

La ampliación de los horizontes geográficos europeos, desde la segunda mitad del siglo xv, y a lo largo del siglo xvi, no siempre significó un progreso efectivo, y por así decir lineal. Se acompañó también, como una especie de floración colateral, de una serie de fantasías a cual más afiebrada, herederas de las fabulaciones del mundo antiguo y de la Edad Media. Su manifestación temprana más conocida estuvo en las referencias de los diarios de Colón, y se prolongó no sólo en los textos y en las versiones orales, sino también en las frustradas expediciones que se llevaron a cabo hasta muy avanzado el siglo xviii.

Tenemos, por ejemplo, la leyenda de las siete ciudades supuestamente fundadas por otros tantos obispos que huían de los árabes, en alguna isla del Mar Tenebroso, como a veces se llamaba al Atlántico. Invención tan enraizada que todavía en 1539 las buscaba fray Marcos de Niza, mas no ya en el océano, sino en pleno continente norteamericano. Creyó llegar incluso a la vista de la mayor de ellas, Cibola, "asentada en un llano, a la falda de un cerro redondo," y, según asevera, más poblada que Méjico. Sin desanimarse, poco después el virrey Mendoza envió en pos de ella la expedición de Vásquez de Coronado, que por cierto no encontró nada, sino quizá siete pobres aldeas.

Perduró también por mucho tiempo la leyenda de la fuente de la eterna juventud, gracias a cuyas aguas "los hombres viejos se

tornaban mozos". Su origen estaba, sin duda, en la creencia helénica de que los dioses se alimentaban de un néctar que les aseguraba la inmortalidad. El fabulador que fue Juan de Mandeville aseguraba, hacia 1356, haber visto en el oriente uno de esos manantiales, y que sus aguas tenían un sabor "dulce y oloroso, como si la formaran diversas maneras de especias". Mucho más tarde, el sensato padre Bernabé Cobo se refiere a un "árbol de la inmortalidad" que crecía en la Nueva España. Y fue por empeñarse en su búsqueda que Ponce de León encontró la muerte en la Florida, herido por un flechazo.

El mito más difundido fue sin duda el de El Dorado, supuestamente asentado en la región de Cundinamarca, en lo que hoy es Colombia, con su capital Manoa. Contaban los indios que el cacique de la laguna de Guatavita castigó con penas tan severas a su infiel esposa, que esta se arrojó con su hijita a las aguas de aquella. Surgió entonces la versión de que la mujer no había muerto, sino que vivía en el fondo del lago, y que el jefe indio, deseoso de ser perdonado por su víctima, le hacía periódicas ofrendas de oro. Más aún, se bañaba allí revestido de áureo y fastuoso polvo. ¿Cómo sorprendernos, entonces, de que muchos perdieran toda prudencia, por no decir la razón, y se embarcaran en empresas de búsqueda sin retorno? ¿Y de que, en vista de los fracasos, Manoa, el lago Parime y El Dorado, se convirtieran en lugares errantes, por así decir, y cada vez más inalcanzables y lejanos?

Hacia 1593, sin embargo, Antonio de Berrio creyó haber encontrado esa región, entre los ríos Amazonas y el Orinoco. Ilusorio hallazgo, que llegó a oídos de los ingleses, y que dio lugar a que el corsario inglés Walter Raleigh hablara de una fabulosa mina que se llamaba nada menos que "Madre del Oro," de donde quizá sacaría sus ofrendas aquel príncipe. Pero El Dorado fue también, en opinión de Federico Fernández de Castillejo, "el mito que más y mejor sirvió al impulso explorador, a la fiebre creadora de la conquista".

Una tierra legendaria especialmente curiosa es lo que se llamaba con la elíptica designación de "lo de César...". Su origen se halla en la conjunción de los relatos sobre la expedición del capitán

Francisco César, hacia al noroeste de lo que hoy es Argentina, alumbrados por los reflejos del Perú conquistado por Pizarro, y mezclados con las fantasiosas versiones sobre ciertos naufragos que se habían salvado en el estrecho de Magallanes y fundado una ciudad. Leyenda ésta que perduró incluso después del fracaso de Sarmiento de Gamboa, quien estableció allí los fuertes de Nombre de Jesús y Real Felipe. Se llegó así a la versión de ese reino “de César,” con su mítica capital, la Ciudad de los Césares. ¿Qué importaba, ante esas afiebradas fantasías, que Francisco César no hubiese puesto los pies jamás en las inhóspitas tierras australes?

Otras leyendas hablaban en cambio de regiones situadas en los confines del virreinato del Perú, de enorme riqueza, y con nombres de exótica resonancia, como Lin-Lin, Tierra Rica, los Moxos, los Caracaraes, Xarayes, Trapalanda, y, sobre todo, aquél aún más difundido y prometedor: el gran Paititi.

En realidad su leyenda se originó ya en la época que siguió al descubrimiento del Río de la Plata, por Juan de Solís, en 1516. Del ignoto norte que era por entonces el Chaco llegaban insistentes rumores que hablaban de una sierra de plata, de un lago muy grande y de un imperio muy poderoso. Se decía también que era tierra poblada de cristianos. Alejo García, de la fracasada expedición de Juan de Solís, realizó hacia 1525, con acompañamiento de indios, una entrada desde el Paraná hacia Charcas (Bolivia), y al cabo de ella volvió, según se cuenta, cargado de tesoros, pero sólo para ser asesinado. Se salvaron sólo unos pocos aborígenes que iban con él, los mismos que difundieron la nueva de aquellos hallazgos. Y hablaron, por cierto, de ese enigmático imperio, cuyo acceso algunos suponían custodiado por un enorme dragón.

Todo ello motivó que la corona española autorizara la gran expedición que dirigió el Adelantado Pedro de Mendoza, en una armada “digna de César,” que contaba con casi dos mil hombres. En el curso de la misma se fundó, con grandes expectativas, la ciudad de Buenos Aires, en 1536. Mas no fueron riquezas lo que encontraron en su avance hacia el norte, sino hambres y sufrimientos sin cuento. Y en tal medida, que se produjeron los casos de

canibalismo que narra con estremecido laconismo el alemán Ulderico Schidel en su "Historia y descubrimiento del Río de la Plata y Paraguay".

A la muerte de Mendoza asumió el mando Juan de Ayolas, quien continuando con la empresa fundó aguas arriba del Paraguay la ciudad de Asunción, y más tarde pereció con sus hombres en una emboscada. Lo reemplazó su lugarteniente, Domingo Martínez de Irala, quien acompañó en 1543 al Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, y que supo "de unas mujeres como hombres y que son muy valientes y guerreras y que son señoras de mucho metal de oro y plata... y que todo el servicio de sus casas es de oro y plata...". Escuchó también descripciones de un gran lago "de agua muy grande; que los indios nombraron la casa del sol; dicen que allí se encierra el sol...".

Al cabo de grandes y prolongadas penalidades, Martínez de Irala encontró el misterioso Paititi, que por desgracia no era otra cosa que el país conquistado ya por Francisco Pizarro, de cuya capital decía Sarmiento de Gamboa que "ni en Jerusalén, Roma, ni en Persia, ni en ninguna parte del mundo, por ninguna república ni rey de él, se juntaba en un lugar tanta riqueza de metales de oro y plata y pedrería como en esta plaza de Cuzco...".

Se habían juntado, pues, en una sola y desorbitada leyenda, el prestigio de ese antiguo y poderoso imperio, con la imagen del lago de donde surgió la mítica pareja de sus fundadores, y las informaciones sobre el Templo del Sol y el palacio de las escogidas. Se añadieron también, a esa confusa amalgama, las noticias de la laguna de Guatavita y del fabuloso El Dorado, con las del lago Parime y de los Xarayes. Asimismo, y de modo más concreto, los amplificadas y tardíos ecos del rescate de Atahualpa, y de los tesoros que los españoles obtuvieron del saqueo del Cuzco, y de los millones de onzas de plata que se extraían del cerro de Potosí. Todo ello en un solo y deslumbrante espejismo.

En vano, según Enrique de Gandía, los informantes indios de los conquistadores insistían en precisar que en realidad se trataba del grande y abolido imperio de los Incas. Sordos, empecinados,

y aunque en ello se les fuera la vida, muchos aventureros soñaban, y no sólo soñaban sino que partían, incluso desde el propio virreinato del Perú, en un viaje circular, en pos de “una sombra, una refracción, un recuerdo...”.

Se publicó con el título, puesto por el editor, de “La búsqueda del tesoro”, en El Mundo, del 19 de noviembre de 1994.

Veleras naves, hermosas

El azar ha puesto en mis manos algunos números de viejos periódicos nuestros, como El Peruano, El Eco del Protectorado, El Estándarte, en su mayoría de la década de 1830. He leído lo que me ha parecido de mayor interés, en los artículos informativos y de opinión, y luego, un poco también por casualidad, mi atención se ha fijado en los avisos. ¡Cuán deleitosa y sorprendente su lectura, a la distancia de las décadas! Y entre los anuncios que más atraen la curiosidad están los que dan a conocer la partida y partida de barcos en el Callao, en viaje desde remotas tierras, o hacia puertos no menos lejanos.

Leamos estos ejemplos:

Para Valparaíso en derechura saldrá sin falta dentro de seis días el muy velero bergantín nacional "General Vivanco"... Clavado y forrado en cobre (M.P. N.º 1475).

Para Pisco:

La hermosa goleta "Joven Constanza" saldrá para dicho puerto dentro de seis días. (Ídem.)

Naves veleras, pues, hermosas, y además claveteadas y forradas en cobre. Nuestro interés se acrecienta, y buscamos en los demás títulos:

Para Paita y Guayaquil:

Dará la vela el 10 del presente el muy hermoso y velero bergantín francés "Lafayette" (M.P. N.º 851).

Para Paita, Guayaquil y Centroamérica:

El muy velero bergantín francés “Revanche” saldrá para esos destinos el día 28 del corriente, tiene muy buenas comodidades... (M.P. N.º 869)

Para Guayaquil, con escala en Paita:

La fragata invencible “Peruviana”, nueva y forrada en cobre de primera marcha, saldrá para dichos puntos (El Estand. N.º 62).

Así pues, en los buques de aquel tiempo —buques de velamen y arboladura—, se ponderaba antes que nada, y ello es explicable, la ligereza y velocidad en el andar, que lo antojadizo de los vientos, o la calma chicha de estas costas, hacían particularmente apreciables. Se aseguraba por ello, a cada paso, que eran “veleras naves...”, en expresión que suena a nuestros oídos alada y exótica. Nos llama aún más la atención, sin embargo, esa otra referencia a su belleza, y por si todo ello no bastara, se precisa además: “el muy hermoso bergantín”, “la hermosa goleta”, “la muy hermosa fragata”... Y sólo después viene la mención de su seguridad, garantizada por el forro y el claveteado de cobre.

Nos sorprende también ese otro calificativo de “invencible” antepuesto al nombre de la fragata “Peruviana”. Y no es que fuese un buque de guerra, sino que había fragatas unas de combate y otras de pasajeros, pero todas con tres mástiles, cada uno con sus cofas y vergas. Sin duda el anunciador tuvo en cuenta esos dos modelos, y jugó con las connotaciones del caso al ponderar la cualidad de “invencible” que a su decir ostentaba aquel navío. Cualidad que, como se sugiere, de modo subliminal, lo defendería de vientos, torbellinos y naufragios.

Así pues, y sea como fuere, eran rapidez y belleza lo que más se estimaba en las naves de esos tiempos. Y en verdad ellas debían suscitar —goletas, bergantines, fragatas— una efectiva impresión de cosas hermosas por sí mismas, aéreas incluso, si no vivientes. Y su esbeltez sería, como lo confirma el tenor de los avisos, toda una invitación a la lejanía y la aventura. Y uno se dice, al acabar de leer esas viejas páginas, que era más sensible y de

más vuelo la imaginación de los peruanos de esas épocas, aun en el caso de gente tan práctica como marinos, consignatarios y redactores de anuncios, rasgo más evidente por la chatura, la alienación y la vulgaridad que imperan hoy en nuestra patria, por obra y culpa de sus clases dominantes. Aquella era una edad, en que por grandes que fuesen las injusticias y limitaciones, al menos las naves eran veleras, invencibles, hermosas...

En La República, lunes 4 de enero de 1982.

Un pueblo llamado Sepultura

La fundación de un pueblo o de una ciudad ha sido siempre un acontecimiento fasto. Inauguración de una nueva vida, impuesta por las circunstancias o los intereses, o motivada por la esperanza de una realización plena del ser colectivo, o de algo parecido a la felicidad. La elección del sitio, el ritual a seguir, las prescripciones que debían observarse, todo debe concurrir a los objetivos que se tienen en mente.

En nuestra América colonial hubo todo un cuerpo de ordenanzas reales al respecto. Una de ellas, por ejemplo, exigía como condiciones físicas "el cielo claro y benigno, el aire puro y suave sin impedimento ni alteraciones, y de buen temple, sin exceso de calor o frío". La fundación implicaba, pues, una promesa y un reto, la posibilidad de un futuro promisorio. Y el nombre del nuevo centro poblado debía responder, por supuesto, a la vocación del lugar, a las devociones, a los propósitos de los moradores, y, en todos los casos, augurar permanencia y ventura.

Y, sin embargo, ha habido un pueblo que fue deliberada y originariamente colocado bajo la advocación de la muerte. Y ello aconteció no en una tierra remota, ni en un país surgido de los vuelos del realismo mágico, sino en nuestra patria. Ese pueblo se llamó Sepultura, y su establecimiento tuvo lugar no en la colonia, sino en 1857. ¿Cómo pudo ser eso?

Cuenta Antonio Raimondi, en el volumen III de El Perú, que en ese año fueron destruidos por los selvícolas los pueblos de La Barranca y San Antonio, aguas arriba de la desembocadura del Huallaga en el Marañón. Los habitantes, temerosos de una nueva incursión, decidieron levantar uno nuevo en las márgenes del río Cahuapanes, a prudencial distancia de los antiguos. Y el nombre que le dieron, por extraño que parezca, fue el de Sepultura, designación que, por supuesto, no podía presagiar un destino duradero. Y en efecto, ocho meses después el nuevo villorrio fue abandonado. ¿La causa? Un nuevo ataque de los "infieles", que mataron a cinco de sus habitantes, hirieron a dos y alzaron con tres de las mujeres. Y así, aquel pueblo fue en verdad sepultura de sí mismo.

En Correo, 10 de julio de 1977.

Una Navidad en 1839. Muchachas, negritos, corcovados

El viajero suizo Juan D. Tschudi visitó el Perú entre 1838 y 1842, con el propósito de realizar estudios lingüísticos y naturalísticos. Residió por un tiempo en Lima, y efectuó largos viajes por el país, y muy especialmente por la región central. Consecuencia de las observaciones a que esos desplazamientos dieron lugar es su libro *Peru. Reiseskizchen aus den Jahren 1838-1842* (Perú. Apuntes de viaje de los años 1838-1842), de cuyas páginas provienen las descripciones en las que se basa este artículo.

Tschudi permaneció en varias ocasiones en Jauja, ciudad que ofició como centro de sus peregrinajes por esa parte del territorio nacional. Son numerosos los detalles de la vida cotidiana y de las fiestas que allí recogió. Cuenta así, por ejemplo, que en Jauja se hacían muy hermosos arreos de cuero, más elegantes y baratos que los de Lima. Le sorprendió, asimismo, la enorme producción de huevos que se enviaba a Lima, y cómo ellos servían, muchas veces, como moneda fraccionaria. Y se asombra por las bárbaras corridas de toros que se realizaban en los pueblos del valle, en las que menudeaban las víctimas, como que en cierto día llegó a contar catorce indios y diecinueve caballos heridos o muertos.

Pues bien, Tschudi pasó la Navidad de 1839 en Jauja, y entre sus impresiones, las más notables son sin duda las que suscitaron las celebraciones de esa festividad y el Año Nuevo. Relata así cómo se intercalaban en la Misa de Gallo imitaciones de las voces

de los más diferentes animales, de manera que la iglesia resonaba toda con trinos, balidos, cacareos, además de cantos, por cierto. Acababa el oficio y salía la gente a la calle, y comenzaban entonces a bailar la huaylijía unos conjuntos de muchachas. Dice así: “toda la noche recorren las calles... con sus largos y negros cabellos sueltos cayéndoles desordenadamente sobre los pechos y hombros desnudos. En sus manos traen una vara, en cuyo extremo hay sujetas cuatro o cinco varillas con ondeantes tiritas de papel. Acompañadas por un arpa, un violín y una flauta, cantan extrañas y hermosas melodías, y danzan marcando el compás con esas varas”.

Al día siguiente, que era propiamente el de Navidad, salían en cambio los Negritos, con sus camisas bordadas con hilos de oro y plata, y sus blancos pantalones, y unas máscaras que a Tschudi le parecían “horrorosas”. Y cantaban, acompañándose con calabazas: “Durante tres días con sus noches van por las calles, entran a casi todas las casas pidiendo aguardiente y chicha, lo que en efecto les dan, pues de otro modo se vengarían con hirientes injurias”.

Finalmente, una semana después, en el Año Nuevo, aparecían los bailantes de Corcovados, sobre “caballos” de palo. Componían su atuendo una luenga cola de caballo en la nuca, un viejísimo sombrero, máscara y botas enormes. Y mientras bailaban, entonaban satíricas canciones. Dice Tschudi: “Todo lo que acontece, a lo largo del año en las diferentes familias es cantado delante de las correspondientes casas, en versos en quechua. Les dan abundante material, sobre todo, las disputas conyugales, y no dejan de presentarlas en sus cantos de la manera más cómica posible. Esta diversión dura dos días y acaba con borracheras, y a menudo con asesinatos, pues cada vez que se encuentran dos conjuntos... se produce un choque sangriento, en el cual son armas lo largos bastones sobre los que cabalgan”.

Extraño contraste debían ofrecer, a los ojos del viajero, y ofrecen aún a los nuestros, las burlas y la chismografía de tales cantares, y los exóticos sonos de esa danza de negros de Guinea —en la versión que había creado la imaginación de esos pobladores andinos—, con esos conjuntos de muchachas que, como en los mis-

terios antiguos, llevaban sueltos los cabellos y desnudos los hombros y pechos. Y cuán viva sería la impresión que causaban las extrañas e insistentes melodías que cantaban.

Y así la Navidad en Jauja, y en otras ciudades de la Sierra, tendría mucho sin duda de una celebración mixta, en la cual, y bajo la motivación y los referentes cristianos, afloraba un primigenio regocijo, de algún modo dionisiaco, por el solsticio de verano.

En La República, 25 de diciembre de 1982.

El Perú de Charles Wiener

Entre los viajeros extranjeros que visitaron y escribieron en el siglo XIX sobre nuestra patria hay marinos, comerciantes, diplomáticos, naturalistas, estudiosos, aventureros. Predominan, por su número e importancia, los europeos. Sus libros y artículos son obligada fuente de consulta para los especialistas, pero también motivo de delectación y en muchos casos de asombro para quienes se interesan por la imagen de nuestro país en el pasado.

Charles Wiener ocupa un importante lugar entre ellos, por el relato de su viaje que se publicó en París en 1880, en lujosa edición con más de 1100 grabados, cuya primera versión española apareció hace unos meses con el sello del Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) y la Universidad de San Marcos, con el título de Perú y Bolivia. Sorprendente y polifacética personalidad la de Wiener. De origen judío, nació en Viena en 1851, se orientó inicialmente hacia la lingüística. Muy joven se trasladó a París, donde trabajó por un tiempo como profesor de alemán. Se doctoró en filosofía en la Universidad de Rostock, con una tesis sobre las instituciones sociales, económicas, políticas y religiosas del imperio de los incas, que se editó en 1874. ¿Qué le indujo a elegir tal tema? ¿La oportunidad de hacer profesión de fe en un liberalismo a ultranza? ¿Un temprano proyecto de ascenso social por la vía de la figuración científica?

Sea como fuere, esa tesis lo puso en contacto con el eminente peruanista Leónce Marie Angrand, antiguo vicecónsul de Francia en Lima, cuyo apoyo le fue muy valioso cuando solicitó ser enviado por el Servicio de Misiones del Ministerio de Instrucción para efectuar investigaciones arqueológicas y etnográficas en el Perú. Wiener llegó a nuestro país en el verano de 1876, y permaneció aquí algo más de año y medio. Su objetivo era reunir los elementos necesarios para delinear un cuadro completo de la civilización que floreció en los Andes del Perú y Bolivia. Para ello siguió un itinerario que, después de una permanencia en Lima, tenía como eje el recorrido de la sierra por la ruta de los conquistadores, desde Cajamarca hasta el Cuzco, para seguir después a Bolivia.

Su descripción de Lima coincide en muchos puntos con las de otros viajeros, y, a la manera de Angrand, se pregunta, a propósito de la arquitectura y del perfil urbano: "¿Para qué el remedo de lo europeo cuando la originalidad limeña es a la vez tan plena de gracia y tan en armonía con la naturaleza del país y de sus habitantes?". Ciudad de grandes contrastes y espantosas diferencias sociales, en la que el criollo da libre curso a un hedonismo simpático pero egoísta, el negro a lascivas inclinaciones, el mulato a groseros apetitos y el oriental a su avidez de dinero.

La sierra le produce impresiones aún más matizadas. Cajamarca, con sus indios, aguadores y frailes de andar silencioso, y con sus iglesias que parecen mausoleos, le hace pensar en la Edad Media. Cerro de Pasco, en cambio, a pesar del frío, le parece una ciudad muy animada, con sus muertos de hambre con aires de grandeza y sus indios astrosos que en muchos casos eran riquísimos. Visita la "linda Tarma", la multicolor Jauja y el convento de Ocopa, con su cúpula que brillaba por las noches con la luz de la luna. Ayacucho, más adelante, le impresiona por su atmósfera luminosa, sus incesantes procesiones y el sello arcaico que impregnaba todo.

"El Cuzco —dice Wiener— es en verdad la Roma de la América del Sur", donde se superponen "la ciudad ciclópea, la ciudad de los Purhuas, la ciudad de los Amautas, la ciudad de los Incas,

la ciudad de los españoles y la de los peruanos, cada una perfectamente caracterizada y formando, a pesar de sus diferencias, el conjunto que caracteriza a una ciudad eterna". Un conjunto aún más admirable por la luz cristalina y el aire rarificado que lo envuelve todo.

Arequipa le dejó la imagen de una "ciudad maravillosa", por su situación, "por su cielo incomparable, por la fertilidad de su suelo, la línea grandiosa de su paisaje y aun [por] su existencia entera, confiada a la riesgosa benevolencia de un volcán". Opina que no obstante la alegría de sus habitantes, en ningún otro lugar del Perú era la religiosidad más fanática, y casi ridículo el orgullo localista.

En su tesis universitaria Wiener deseaba probar que la libertad y la igualdad absoluta se excluyen, que la igualdad de condiciones constituye una negación de la sociedad misma, y que la aplicación del socialismo traería "una especie de vegetación humana, semejante a la que se vio desarrollar en el imperio de los incas". Se trata, pues, más de un alegato ideológico que de una investigación propiamente histórica. No es de extrañar que, sobre tales fundamentos, su posterior visión del Perú antiguo, si bien corregida y matizada por sus constataciones in situ, resultase muchas veces incompleta, ambivalente o simplemente errada.

Así, entre sus apreciaciones positivas, tenemos el reconocimiento de que la civilización incaica, que para Wiener abarcaba todo el Perú antiguo, se formó sola, y que no merece el olvido que la historia reserva a los pueblos sin valentía. En un pasaje se refiere a la "antigua majestad" de ese mundo, en el cual se edificaron con esfuerzo y constancia obras grandiosas y perdurables. Pero los incas, en su opinión, no supieron conservar los valores que les dieron tantos triunfos, y la molicie en que cayeron facilitó la victoria de los españoles.

Su religión, a juicio suyo, carecía de fuerza y de grandeza, y dejaba campo abierto a un culto excesivo de los placeres venéreos. Había, es verdad, al lado de la superstición vulgar, otra religión secreta, reservada a los sacerdotes, a modo de una notable filoso-

fía experimental. En cuanto a su arte, sostiene que no hablaba al alma, carecía de ideas elevadas y reunía todas las características de la mediocridad. No distingue la cerámica de Moche de la del Cuzco, la de Nazca de la de Chimú, y en su mayor parte le merece una opinión desfavorable. No es de sorprender, por ello, que en las leyendas de los grabados de su libro se produjese una similar y grave confusión, inconcebible en quien pretendía haber trabajado con el mayor cuidado.

Y, sin embargo, también prodiga los más encendidos elogios a los monumentos arquitectónicos prehispánicos. Chanchán le hace pensar "en los poderosos príncipes que la han edificado, y en el pueblo incansable [...] que creó ese vasto conjunto de construcciones...". El Coyor, en Cajamarca, le parece "uno de los monumentos más extraordinarios que se pueda imaginar". No menos admirativa es su visión de Huánuco Viejo, "obra de una raza fuerte, que como toda raza bien nacida, afirma por medio de monumentos su existencia y su posesión de la tierra". Elogia la regularidad admirable de Ollantaytambo, donde escuchó hablar, por primera vez, de las ruinas de Machu Picchu, que por desgracia no visitó. Y está además el invalorable homenaje que significan sus planos, cuya exactitud se ha objetado a menudo, pero entre los cuales se hallan algunos absolutamente confiables, en opinión del arquitecto Fernando Belaúnde Terry.

En su visión del indio moderno prevalecen las notas desfavorables, e incluso despectivas. Señala así que "de niño no conoce la alegría; de adolescente, el entusiasmo; de hombre, el honor; de viejo, la dignidad". Como soldado es valiente, pero su valentía es ciega, irracional. No se acuerda ya del culto que sus antepasados tributaban al trabajo y al esfuerzo, y "no es [ya] ni siquiera egoísta, sino nulo, semejante a la bestia que bebe cuando tiene sed, que va a pastar cuando tiene hambre". Vive así, pues, por su raza inferior, y por la opresión de que es víctima, "en un abismo de abyección y de infamia".

Wiener considera que nuestro territorio posee incalculables riquezas, pero que aún hay mucho por explorar. Son negativos

factores la desidia de los grupos dominantes y el embrutecimiento del indio. Las posibilidades están ahí, abiertas, en espera de quienes sepan aprovecharlas. Lo que se necesita son vías de comunicación, "y entonces las riquezas que duermen en la cordillera se despertarán como con una varita mágica". Y, sobre todo, que los peruanos vuelvan a la disciplina y el esfuerzo de sus antepasados.

El libro está escrito en un francés que a pesar de cierto lastre germánico, sobre todo en la sintaxis, ofrece méritos destacables en el relato de algunos episodios, un particular sentido del humor y un vuelo notable en algunas descripciones de paisajes. Recordemos, por ejemplo, su relato del desembarco en Salaverry, la evocación de un atardecer en Trujillo, la memorable pintura de una tormenta en Huánuco Viejo, la narración del tiroteo con unos morochucos en Vilcashuamán. Pero con frecuencia, también, se deja llevar por un énfasis retórico muy propio, en largos periodos no exentos de pesadez y grandilocuencia.

Es verdad que no ha habido en Wiener el desinterés y el fervor cognoscitivo de Angrand, la seriedad de Squier o Castelnau, la vivacidad de Paul Marcoy, y que no llega a superar ciertos prejuicios y un inocultable racismo. Ciertamente igualmente que actuó más que nada en función de sus objetivos personales, y que más de una vez se condujo sin muchos escrúpulos. E indudable que a pesar de la hospitalidad con que fue recibido, escribió después a favor de Chile y contra el Perú en momentos muy difíciles para nosotros. Pero no por ello debe desconocerse la vastedad de la información que recogió, lo valioso que resultan ahora muchas de sus descripciones y planos, y el interés que ofrecen sus observaciones sobre la sociedad y las costumbres. Y cuán actual resulta su esperanza de que si alguna vez retomamos lo mejor de nuestro pasado, y se acogen y adaptan con inteligencia los aportes de la modernidad, se podrá construir un país con un nuevo y fecundo papel en la historia.

En Artes & Letras, de El Mundo, con el título de "Wiener, el viajero", 22 al 28 de mayo de 1994.

A pie y en cuatro años. Harry A. Franck y su odisea por los Andes

Los extranjeros que nos visitaron en el siglo XIX y en las primeras décadas de éste, y que luego publicaron sus impresiones, lo hicieron por los más variados motivos. Unos por afán de estudio, como Castelnau; otros por razones de negocios o de función, como Angrand; y otros, en fin, por el deseo de conocer cómo pensaba, sentía y vivía la gente del país.

Entre ellos ocupa un lugar destacado el norteamericano Harry A. Franck, cuyo propósito inicial fue recorrer el antiguo camino inca entre Quito y el Cuzco, trayecto que luego se amplió y abarcó desde Panamá y el norte de Colombia hasta Paraguay y Buenos Aires, en un periplo que duró nada menos que cuatro años, en su mayor parte a pie. Su relato se publicó en 1917 con el título de *Vagabonding down the Andes*, en un volumen de 612 páginas, con algunas fotografías. Comprende veintidós capítulos, nueve de los cuales están consagrados al Perú.¹ Aún no ha sido traducido al español.

Viajero profesional, diríamos, ya que además de pisar nuestras tierras recorrió y escribió sobre China, Escandinavia, las Indias Occidentales, Inglaterra, Siam, Japón, Formosa, la Unión Soviética, Méjico. Países que recorrió, las más de las veces, también a pie, como atestiguan ya los títulos de sus libros (*Footloose in the*

¹ Este viajero no figura en las bibliografías, y sólo se ha referido a él Mariana Mould de Pease, en un ameno y brevísimo artículo publicado hace un tiempo en un diario local.

British Isles, A vagabond in Soviet Land, Four months afoot in Spain, A Vagabond Journey around the World). ¿A qué se debió esa preferencia, tan notoria en una época en que se contaba ya no sólo con el tren, sino también con el automóvil y el aeroplano?

Él mismo se explica diciendo que desde niño se había acostumbrado a caminar y a no depender de nadie en sus movimientos, y señala que el trayecto que se había fijado en el caso de los Andes incluía regiones que ningún animal, excepto el hombre, puede recorrer por periodos prolongados. Y como su objetivo era estudiar el modo de ser y vivir de la gente común, así como las condiciones materiales de su existencia, importaba elegir una forma de viajar igual a la prevaleciente entre los moradores del subcontinente. Es decir, en este caso, a pie. Es verdad que ello supone más tiempo y mucho mayores fatigas, pero permite en cambio, según Franck, mantener la mente muy abierta y receptiva.

Más aún, nuestro autor subraya al respecto que es “la lucha, la satisfacción de la acción física, el logro de algo muy deseado y que parecía imposible, lo que torna cada paso que se da hacia adelante en una satisfacción, y cada pequeño éxito en un disfrute”. Además, ¿qué mejor manera de apreciar con toda tranquilidad un paisaje, una ciudad, y observar a los moradores? Después de todo, apunta nuestro autor, viajar es una manera de trabajar, en que se realiza una alegría de vivir.

Su relación está escrita con una gran amplitud de espíritu, incluso con una franca simpatía, sin dejar de ser —hasta donde se puede inferir— veraz y objetiva. Pero exhibe también un notable sentido del humor, y, con frecuencia, una temperada ironía. Como su interés se centra en lo presente, las consideraciones históricas son pocas y someras. En la parte consagrada al Perú son especialmente deliciosas sus estampas de Caraz, Cerro de Pasco o Huancaavelica. Vívidas sus descripciones de costumbres y paisajes. Melancólica la evocación del menudo caballo que lo acompañó, cargando su equipaje, desde Huancayo hasta el Cuzco, y al que puso el cariñoso nombre de Chusquito.

Debemos mencionar de modo especial que fue uno de los primeros viajeros que se lanzó a visitar Machu Picchu, poco después de las visitas y trabajos de Hiram Bingham. Es decir, en condiciones semejantes a las que debió enfrentar éste. En compañía de un profesor, cuyo nombre omito, y de un guía, vio las ruinas hacía poco desembarazadas de parte de la frondosa vegetación que las cubría, pero en las que aún crecían variedades salvajes de papa y de ají. Las vio en un estado que podríamos llamar aún original, sin los derrumbes y modificaciones que después las afectaron, y en el cual resplandecía la blancura grisácea del granito de la ciudadela.

Esforzada manera de viajar la suya, por no decir heroica. Las más de las veces no hallaba, en la puna o en los valles, otro albergue que una mísera choza, o el corredor de una casucha, o simplemente el campo raso. Allá iba, con sus botas, su poncho, su cámara fotográfica, los utensilios de cocina, los libros, y el catre de campaña portado por una bestia de carga. Acompañado unas veces por un guía o un arriero, otras solo, y en alguna escoltado por un soldado escuálido armado de un fusil viejísimo, asignado por la autoridad "para su protección".

Franck apunta con visión certera los rasgos distintivos de cada pueblo, lo particular de cada paisaje, pero lo que más atrae su curiosidad, como anuncia desde las páginas iniciales de su libro, son las gentes. Los principales le dejaron, por lo general, una impresión desfavorable, por su avaricia, su avidez de dinero, su doblez. Una y otra vez comprueba esa ligereza en el ofrecer que se atribuye a los habitantes de nuestra sierra, así como la falta absoluta de puntualidad, para no hablar de ciertos intentos de engaño. Constata a cada paso el estado de explotación e ignorancia en que yacían los campesinos, y su extremada afición a las fiestas y la bebida. Insiste en su pasividad como rasgo dominante. Mas también ensalza la hospitalidad que en muchos casos le ofrecieron, y su sentido humano. Y por supuesto se refiere, con buen humor, a la enorme curiosidad que suscitaba un gringo al que por fuerza los habitantes consideraban de inmediato un buscador de tesoros, o un "francés" vendedor de baratijas.

¿Tenía Harry Franck una esposa? ¿Una familia? ¿Cómo explicar que pudiese dedicar todo su tiempo, por no decir su vida, a esa odisea interminable? No tenemos respuestas a estas preguntas. En todo caso su libro nos ofrece la imagen de un hombre paciente, tenaz, comunicativo, pero también enérgico, y aun muy enérgico, si la ocasión lo requería. No en vano llevaba a un costado un arma, de la que por suerte nunca hizo uso, ya que todo su recorrido se desarrolló en las más pacíficas condiciones.

Rindamos homenaje a la paciencia, el coraje, la generosidad y la insaciable curiosidad de este singular Marco Polo del primer cuarto de este siglo.

En Artes & Letras, de El Mundo, Lima, semana del 12 al 18 de junio de 1994.

Henri Michaux en Iquitos

Sabíamos de Henri Michaux como poeta obsesionado por las potencias hostiles que rodean al hombre, explorador de espacios interiores y creador de ese personaje —un certain plume— todo hecho de apatía. Y del viajero real que se desplazó a exóticas latitudes. El viajero, en este caso, que visitó Ecuador y descendió después por los ríos hasta Iquitos y continuó hasta Pará. Las vivencias y aventuras de ese recorrido fueron recogidas en un diario que, bajo el título de Ecuador, tiene también de reportaje, de ensayo, de álbum de poemas, diario con el cual me he topado ahora, y que ha sido materia de una atenta lectura.

Se inicia dando cuenta de la partida el día de navidad, en 1927 —tenía por entonces 29 años y había ya escrito un libro—, y de la larga travesía en buque por un “océano desierto”, “acezoso desierto”. Llega a Quito, ocasión en que dice, con enigmático verso: “Pese a todo te saludo, país maldito del Ecuador” —lo cual no impedirá que más adelante sostenga: “Ecuador, eres a pesar de todo un país adorable”. Más definida y consistente es su visión de la cordillera, “terrible y cercana a la desesperación”. Quito, ciudad sin árboles, a su modo de ver, sin ruidos, casi irreal. Por las calles van hieráticas sus indias, con sus eternas trenzas y su eterna lejanía. Y cuán bellos los ponchos, de un color vivo y oscuro...

El poeta efectúa excursiones a las sierras. Se inclina ante la puna donde sólo hay sombra verdadera entre las cinco y seis de la mañana. Ecuador le parece un país “recto y abrupto”, donde

reina, en metáfora que haría pensar en Paul Valéry, una "justicia implacable". Tierra parda o negra, como el cuero, y donde el maíz es también pardo, y venenosa" y lívida" la floración del agave.

Parte en octubre, con otros viajeros, hacia el oriente. Hacia esa selva "inmensa [...] alta, trágica", que a veces es sólo ciénaga y raíces. Penoso viaje a pie, y después en piragua —imposible prescindir del pamakari, ese ataúd de ramas y hojas que protege del sol. Hacen alto en cabañas, en bohíos, y duermen en refugios donde acechan miles de arañas. Encuentros con europeos alucinados, selvícolas moribundos, leprosos. Agitado descenso por el Napo. En Iquitos un 9 de noviembre.

Funambulesco arribo. Sí, con esos remeros dándose a la fuga por la noche, ya que los foráneos, según el poeta, eran obligados a trabajar en las obras públicas. Se aburre en Iquitos, Henri Michaux, a pesar de los árboles luminosos, fulgurantes. Siniestro es lo cotidiano, y terrible lo que le dicen del issang y las pirañas. Y cuán terrible y conmovedora la prostitución: "Una niña de cinco o seis años te aborda en la calle. 'Mamá te llama' y te coge gentilmente de la mano y te lleva a casa de la mamá. Y mamá... mamá... cuesta dos soles".

La partida, después. Manaos, en fin, con sus altas y espigadas mujeres, de senos perfectos. ¿El Amazonas? No, no es posible verlo, excepto desde un avión. Henri Michaux no ha visto por eso el gran río. Viene después una nueva travesía del Atlántico. Y París, otra vez, "ese gran burdel donde se habla francés".

Diario de apuntes breves, incisivos, a menudo lúdicos. Humor muy personal y particular ironía. Color e introspección. Esbozos de poemas y poemas acabados. Viaje que tiene de peregrinaje a las fuentes, y es también de iniciación y aprendizaje. Y, para nosotros, lectores peruanos, ocasión especial para repensar la selva amazónica.

En El Dominical, de El Comercio, 13 de junio de 1999.

A 25 años de la publicación de Dal Perú.
Lavinia Riva y un Perú bello
y fantasmal

Hace muchos años mi afición por la literatura de viaje puso en mis manos un libro de veras sorprendente y original, escrito por una veneciana, Lavinia Riva, con el breve y enigmático título de Dal Perú (Desde el Perú), publicado en Florencia en 1960. Lo leí con gran atención, y me pareció uno de los más impactantes de cuantos se han escrito por quienes nos han visitado en este siglo. E impactante, además, por las hermosas fotografías que lo acompañan.

En el breve texto que sirve de Prólogo la autora informa al lector que se embarcó a los veinte años hacia este país que se convertiría en su segunda patria. Un país que le dejaría una imagen en que al recuerdo de incas, virreyes, conquistadores y veleros, se sumaría la visión de paisajes de extraña y muchas veces fantasmal belleza. Más aún, se añadirían "las reminiscencias literarias ayudadas por una afiebrada fantasía". Un viaje que la llevó, como ella dice, "de las palomas de San Marcos y de los encajes de piedra del Palacio Ducal a los cóndores de los Andes y a las desnudas fortalezas incas". Un trasplante dramático, por cierto. Se encontró así con un mundo que la fascinó desde el primer momento, y en el cual vivió en los años 30 y 40, casada con un compatriota suyo que trabajaba en Lima.

Recorrió el Perú en todos los sentidos. En ómnibus, en tren, en avión, a caballo, a pie, en bote. Sola o acompañada. Inquieta unas veces, espantada otras, pero sobre todo atentísima, sorprendida,

deslumbrada. Supo por igual de los médanos y de las playas interminables, de las quebradas y de las punas sin fin, de las nieves y de las tierras calientes. Pero se interesó más que nada en la gente, en la cual, como en todas partes, halló las más contrapuestas facetas. No libre de prejuicios, pero también con los ojos, el espíritu y la sensibilidad completamente abiertos.

¿Cómo no ha de recordarnos a esa otra compatriota suya —Barbara d’Achille— que tampoco pudo sustraerse a la infinita variedad y fuerza de nuestros escenarios naturales?

El libro, de no más de 130 páginas, pero de muy cuidadosa presentación, tanto en el texto como en sus ilustraciones, se divide en tres partes, más un apéndice. La primera, consagrada a la costa, incluye cuatro estampas, una de ellas sobre los caballitos de totora y otra sobre la huaquería. La segunda versa sobre la selva, y comprende siete textos —entre ellos uno sobre el río Aguaytía, otro sobre la pesca con kube, y otro sobre la vida en los ríos. La tercera gira en torno a la sierra, siendo algunos de sus temas la fiesta de las ovejas, la hacienda de Sitacocha, “Jauja, meca de los tísicos”, la quinta Quispe en Concepción, la Semana Santa en Ayacucho. En todos ellos late un mismo y atento afán de ver y conocerlo todo.

El apéndice, en fin, ofrece un delicioso vocabulario, en que se define lo que son, por ejemplo, los anticuchos, la cushma, la interjección carajo, el chupe de camarones, la lliclla, la huangana, las humitas, etc.

Como muestra de esa rica experiencia vital y humana que fue su permanencia entre nosotros, y de su particular sensibilidad para recoger los aspectos más insólitos y extraños, hemos seleccionado y ofrecemos al lector, en recuadros, dos textos, uno sobre un extraño y casi terrorífico personaje de Concepción, y otro sobre la alucinante cueva de las lechuzas, en las cercanías de Tingo María.

Pero no todo es, desde luego, admiración y simpatía. Uno de los aspectos más objetables es, desde luego, la visión que da Lavinia Riva del indio. Una visión lastrada por los más viejos e injustos prejuicios. Leamos: “El indio de la sierra peruana es

apático, triste, se siente un inerme instrumento de fuerzas ocultas que lo dominan, oprimido por una naturaleza primitiva y violenta. [...] Conquistado su país por los blancos, ha desarrollado en sí, para supervivir, las tendencias que más le han de servir: la simulación, la resistencia pasiva. [...] Triste, encerrado en sí mismo, se alegra y canta sólo cuando está borracho". ¿Cuántas veces no se han escrito a lo largo de la colonia y el siglo XIX palabras semejantes? ¿Acaso no se han justificado así centurias de opresión e injusticia?

Sus fotografías merecen un comentario especial. Muy numerosas, acusan todas un maravilloso sentido de la composición, de la expresión y del movimiento. Desfilan así, ante nuestra vista, la extraña geometría de las dunas costeras, un vendedor de sombreros de paja, una pelea de gallos. Una feria en la puna, una madre con su chiuchi, una escena de trilla, una iglesia con un extraño campanile.

En un artículo reciente Vargas Llosa evoca a esta mujer, a quien conoció en el Lido veneciano allá por 1973, y de la cual dice que fue "una de las más extraordinarias personas que se hayan cruzado en mi camino". Cuenta que era por entonces "una viejecita esbelta, de gestos rápidos, con una energía indomable bulléndole en unos ojos luminosos, que, estoy segurísimo, habían roto en su vida muchos corazones". Una dama, subraya el novelista, que conocía el Perú tan bien como a su espléndida y misteriosa ciudad natal, de cuya mitología literaria estaba perfectamente informada. La volvería a ver otras veces, en su casa de Roma, donde recibía a una pequeña corte —bien se la puede llamar así— en la que se codeaban aristócratas exangües y millonarias, y horticultores, poetas, intelectuales, comunistas, derechistas, anticuarios, etc.

Sebastián Salazar Bondy también le dedicó, a ella y a su libro, una reseña, allá por el año 63, si no recuerdo mal, pero no he podido ubicarla.

Como dice Lavinia Riva en el proemio, cuando escribió su libro muchas cosas habían cambiado ya en el Perú, y en muchos sentidos se hacía sentir el progreso. La realidad de los años 30 y 40,

en que vivió aquí, no era ya la de los años 50. Y, sin embargo, como señala en las palabras finales, "...en este país tan extenso, misterioso, variado por sus climas diversos, los aspectos múltiples de la naturaleza, encrucijada de razas diferentes, hay todavía algún lugar remoto, ignorado, donde se puede imaginar que uno se halla al principio de la creación, en los jardines del paraíso terrenal".

Y aún hoy, a pesar de todo lo que ha sucedido en los últimos 35 años, y de la voracidad rapaz que se nos impone como ley suprema, sin respeto alguno por nuestro pasado ni por nuestra naturaleza, nos aguardan rincones como aquellos a los que se refiere nuestra autora, en los que uno creería hallarse en el comienzo de la vida y de los tiempos.

Publicado en Artes & Letras, de El Mundo, Lima, 14-15 enero de 1995, con título puesto por el editor, "Cámara alta. 25 años de la publicación de un libro de viajes ilustrado que reveló un Perú fantasmal y esplendoroso". [Lavinia Riva].